

HOMENAJE A UN COLEGIAL ILUSTRE

La Junta de festejos patrios de la Academia de la Historia colocó en nuestro claustro principal una placa de mármol en honor del colegial y prócer don Gregorio Gutiérrez Moreno. La placa dice así:

PRÓXIMO YA A MORIR POR LA PATRIA
EN EL PATÍBULO
EL COLEGIAL Y EXIMIO PRÓCER DOCTOR
JOSÉ GREGORIO GUTIÉRREZ Y MORENO
PRESO COMO SU PADRE EN ESTE COLEGIO,
QUE MORILLO CONVIRTIÓ EN CÁRCEL DE PATRIOTAS
IMPLORÓ DESDE ESTE CLAUSTRO
EN SUBLIME Y CONMOVEDORA ESCENA
LA RENDICIÓN PATERNA

La ceremonia, celebrada el día 19 de julio, con asistencia de los miembros de la Academia, de la comunidad rosarista, de numerosas damas y caballeros, revistió grande solemnidad. Al descubrir el mármol pronunció el doctor José Alejandro Bermúdez este elegante discurso:

« Señores:

Al pausado són de la campana y de los tambores con sordina, lentamente los cofrades del 'Monte de Piedad' rezan las oraciones de los agonizantes a tiempo que el Cristo de la iglesia de La Veracruz aparece a las puertas del claustro. De las celdas, que en días anteriores les sirvieron de prisión, salen, acompañados de otros tantos frailes franciscanos, que les confortan y ayudan, seis patriotas que hoy rematarán la vida en la 'Huerta de Jaime'.

Vedles pasar. Son don Jorge Tadeo Lozano, hijo del marqués de San Jorge y presidente del estado soberano de Cundinamarca; don Francisco Xavier García Hevia, gobernador há poco de este mismo Estado; don Emigdio Benítez, miembro de la junta suprema de Santafé, primera

en este reino en proclamar la independencia; el doctor Crisanto Valenzuela, que fue secretario de estado y de relaciones exteriores; don Miguel de Pombo, payanés de gran renombre y diputado al congreso; don José Gregorio Gutiérrez y Moreno, nieto del fiscal Moreno y Escandón, colegial de este claustro, jurisconsulto de nota y patriota de todos venerado.

Grande es la consternación de Santafé en este día—6 de julio de 1816—porque la muerte de Lozano y de sus compañeros traerá consigo la desolación y la orfandad a muchísimas familias santafereñas reducidas ya, por obra de las expropiaciones del pacificador, a extrema y angustiosa miseria.

Tal es, señores, en breves palabras el hecho cuyo recuerdo nos congrega en este día festivo en los anales patrios. Raros contrastes ofrece la vida, que así junta de manera tan sorprendente, los regocijos de la hora actual con el intenso dolor de las pretéritas edades. Si en 1816 Santafé gime, y no quiere, como Raquel, ser consolada porque sus hijos ya no existen: en 1819 su luto se trueca en la alegría de la libertad recuperada por el genio de Bolívar. Tal es siempre el curso natural de los humanos acontecimientos; les precede el dolor, les sigue muy de cerca la dicha. La tumba que guarda los despojos amados, hace crecer en torno suyo las flores. La muerte ignominiosa en el cadalso señala en ocasiones el camino de la gloria y de la inmortalidad, y lo que en un principio sembró en torno suyo dolores y tribulaciones es, pasado algún tiempo, causa de alegría, y es porque en este mundo—como dijo Lucrecio—nada puede engendrarse si no precede la muerte de algún otro sér. '*Nec ullam rem giganti patitur, nisi morte adiuta aliena*' ('*De Rerum Nat.* 1. 203-264').

La Academia de la historia, fiel a los fines de su instituto, ha querido honrar hoy de manera especial a uno de

los mártires del 6 de julio, a don José Gregorio Gutiérrez y Moreno, y ha ordenado que su nombre se perpetúe en este mármol.

Hoy, pasado ya el tiempo, surge en la historia, separada y disgregada de los demás próceres, la imagen de Gutiérrez Moreno delineada en los días de tormenta y persecución por el prócer y mártir José María Arrubla; maravillosamente pintada al vivo por Quijano Otero.

No es Gutiérrez Moreno el osado pensador que concibe en Santafé la idea de 'los derechos del hombre', como lo hizo en su hora Nariño, el precursor de nuestra independencia; aunque es un afamado jurisconsulto, no posee él, como Torres, el genio del derecho y de la ley; no tiene la ciencia de Caldas; ni el verbo enardecido del tribuno Acevedo Gómez; pero en cambio, él personifica, mejor que ningún otro prócer, la grandeza y virtud del hogar santafereño. De ese hogar que nació del amor de los primeros conquistadores que trajeron acá con la fe cristiana la hidalguía de Castilla; de ese hogar al cual le dio la altiplanicie andina algo de la serena quietud de nuestros campos; de ese hogar al cual le dieron altivez nuestras montañas, y modestia y recato esta ciudad, que hemos llamado nido de águilas.

Don José Gregorio Gutiérrez y Moreno, lo mismo que su padre don Pantaleón, apellidado el patriarca de la sabana, es la encarnación de ese hogar santafereño, ya quizás muerto para siempre. La víspera de la muerte busca por estos claustros a su progenitor para recibir de él la postrera bendición, y aquí en este sitio, bajo un sauce melancólico, acecha ansioso el momento propicio para ver por última vez al padre, preso como él, en este Colegio. Camino del cadalso se detiene un momento para bendecir a la viuda enlutada, a los hijos ya huérfanos. En verdad, don José Gregorio Gutiérrez y Moreno personifica muy bien el hogar santafereño; ese hogar que fue cuna de

virtudes ignoradas en la colonia; sede de las tertulias santafereñas que nos dieron libertad en 1810, amparo de cuantos en él se refugiaron en los tormentosos días que siguieron a la formación de la nacionalidad granadina.

Mas, este hogar agoniza, como agonizó en estas celdas Gutiérrez y Moreno. Esa agonía la han sentido todos los escritores que de las cosas nuéstras han hablado; la previó Vergara y Vergara, nuestro delicioso costumbrista, en la piadosa evocación de un 'par de viejos', que luégo de haber oído, como de costumbre, la misa en La Veracruz, hallaron muerte tranquila, pero aniquiladora, en el hogar; la sintió a lo vivo Lorenzo Marroquín, en aquellas 'rosas de Castilla' que Roberto arrojó, como último recuerdo, de la casa solariega, en el regazo de doña Ana de Avila; la dejó en sus versos modernistas Silva, cuando balanceándose en las rodillas de la abuelita, advirtió en las pupilas de la anciana la tristeza del pasado y la congoja de los años por venir, y la descubrimos todos cuando al vagar por las calles, de la que fue Santafé, hallamos acá y allá la nueva vivienda del forastero en el sitio mismo que enantes ocupaba una casona colonial, poblada de heroicos recuerdos.

Una de esas casonas coloniales, la que habitaba don José Gregorio en los días anteriores a la entrada del Pacificador, desapareció hace ya tiempo, y de ella no queda sino el recuerdo frío como el mármol de esta lápida.

Hagamos, con todo, de este recuerdo algo sagrado. Debieran haberlo evocado quienes más de cerca están emparentados con el eximio prócer; quienes aún llevan con honra el apellido; los que como don Ignacio Gutiérrez Ponce, han conservado intacto el buen nombre que les legaron los antepasados; los que como don Ignacio Gutiérrez Uricoechea han sentido más de cerca las consecuencias que la transformación de la ciudad ha traído

consigo; el capricho y la benevolencia de mis compañeros ha querido, con todo, que hable del abuelo, quien está separado de él por cuatro generaciones y que evoque piadosamente en este día la amargura de 1816, la glorificación tardía de 1927, que la Academia ha confiado, juntamente con este mármol, al venerable claustro del Rosario, cuna y testigo de las virtudes de don José Gregorio Gutiérrez y Moreno, personificación perenne del hogar santafereño».

